

DANTE Y LOS MITOS ANTIGUOS

por GIUSEPPE VALENTINI

La relación existente entre Dante católico y el concepto humanístico del mundo clásico, es decir los vínculos que le unen a ese movimiento que, cuando triunfe plenamente, será llamado Humanismo y que nunca dejó de existir, ni siquiera en los tiempos más oscuros o considerados más oscuros de la Edad Media, será tomada en examen aquí.

En la Iglesia, hubo siempre un ala extrema de ascetismo rudo e intransigente que quería romper todos los vínculos con la antigüedad pagana considerando, con Tertuliano, incompatibles Atenas y Jerusalén. Pero Tertuliano terminó siendo un hereje, expulsado de la Iglesia militante y triunfante en la que prevalecieron, en cambio, los espíritus más amplios y humanos de San Ambrosio y San Agustín. El mundo católico, en su complejo, no se adaptó nunca a esa especie de maniqueísmo cultural que quería dividir el mundo en dos partes: una oscura hasta la Revelación, la otra iluminada únicamente por los elementos conquistados después de la Redención y por aquellos heredados de la Biblia.

Dante no poseía ese conjunto de sutiles nociones que el Humanismo aportó a los hombres; probablemente su vigoroso temperamento hubiera rechazado muchas de sus opiniones demasiado eclécticas y sofisticadas para su espíritu. Sin embargo, tuvo bien radicado el concepto de lo que la antigüedad clásica había legado de eterno a los hombres y la "Divina Comedia" es, en el campo de la poesía, y por consiguiente de los mitos, el correlativo del esfuerzo racional que había llevado a crear la Suma Teológica a ese doctor angélico, a ese Santo Tomás que Dante, antes de glorificarlo en el Paraíso, ya había llamado en el "Convivio", con afecto de compañero espiritual "lo bon frate Tommaso d'Aquino". Dante reúne, en el soplo inspirado de su poema unitario y sacro, mitos antiguos ajenos a la Redención, en la misma

forma que Santo Tomás consigue que las categorías aristotélicas fluyan en la horma cristiana.

Tan alto es en Dante el concepto de Roma que no puede substraerse al influjo de sus espíritus magnos: Virgilio su guía, Catón su ejemplo. Roma en su fantasía resplandece en la gloria del mito que no conoce los límites estrechos y pragmáticos del realismo, que supera a la cronología, que, siendo un himno a la memoria, no se ocupa de esos particulares minuciosos que a la memoria, entendida sumariamente, se refieren. Roma es para Dante el Aguila y la Cruz, una ciudad casi muerta en sus tiempos, sin las vivas luchas de Florencia, pero por esto mismo, inmortal. Es con la mitológica Roma de Catón y de Virgilio que podrá asegurarse, que deberá hacerse la unidad de Europa, el Emperador Romano de Occidente al lado y junto al Papa, el Aguila y la Cruz unidos en un vínculo imperecedero. "Minerva spira e conduce mi Apollo - E nove Muse mi dimostran l'Orse", dice el Poeta que ya está en el Paraíso y que siente inminente el inefable Empíreo. "Sacro il poema cui han posto mano e cielo e terra": el cielo, sí; pero también la tierra: la tierra que fue de Catón y de Virgilio, la tierra que no puede ni quiere olvidar —no obstante los muchos maniqueos— las fábulas de Apolo, las leyes de Papiniano, el discurrir de Cicerón. El catolicismo de Dante tiene raíces tan profundas y piadosas que, sin peligro de olvidar la gracia divina, puede quedar sólidamente anclado en la nostalgia de un mundo que no conoció a Cristo y que tampoco lo crucificó; pero que griegos y romanos habían poblado de mitos concretos y fantásticos, bajo el signo latino de aquella "PIETAS ERGA OMNES" que es la característica primera de la tolerancia, de la indulgencia, del equilibrio de ese mundo que se pensó, que se creyó uno. Era, es cierto, un mundo medido y calmo, estoico y sereno, sin esperanzas inmortales y, por lo tanto, destinado a desaparecer al acercarse la luz del Factor Supremo. Pero para nuestro Poeta desaparece cuando ya está casi en el Empíreo —si el Empíreo puede ser un lugar o tener un lugar— y muy cerca de la presencia de los espíritus contemplativos que en los claustros "fermar li piedi e tennero il cor caldo", cuando ya en la Cruz "lampeggia Cristo", cuando San Bernardo se dirige a la Virgen con su oración inefable. Y también aquí encontramos, leve, a las puertas del Amor Infinito, el recuerdo de la Sibila, que es mito clásico apenas cristianizado... "Si perdea la sentenza di Sibilla...". Hasta allí llega la huella sonora de ese mar Mediterráneo del cual y sobre el cual vaticinaba la Sibila Cumana, a la que Virgilio tuvo por Maestra. Y para que su voz se pierda, ante la inminencia del Sumo Amor, se

tiene la impresión que Dante debe taparse los oídos con cera, como debieron hacer los navegantes de Ulises para salvarse de las Sirenas.

Y junto a la luz eterna y regeneradora brillan con inefable encanto delicadas luces remotísimas: "Quale nei plenilunii sereni - Trivia ride tra le ninfe eterne...". Dos de los más sugestivos, de los más nuestros, de los más modernos versos de Dante, en donde encontramos una arcaica y musical melancolía que nos transporta hacia seres y hacia encantos creados por el hombre con la guía de Dios; pero esa guía es apenas visible, casi tácita. Eternas, y sin embargo decaídas, sin embargo destronadas las ninfas...

Volviendo a un lenguaje más familiar y doméstico, pero siempre alto, encontramos la misma melancolía y la misma luz en el pesar por la Florencia pretérita, por la Florencia de Cacciaguida, la de la "così fida cittadinanza", "così dolce ostello", cuando eran seguros "ilquaderno e la doga", cuando ninguna de las jóvenes florentinas "era per Francia nel letto diserta", cuando cada uno de los prudentes antepasados, según el apenado lamento de Dante, "favoleggiava con la sua famiglia - Dei Troiani, di Fiesole e di Roma...". Conmueve el contraste entre el doméstico "con la sua famiglia" y la lejanía del "favoleggiare" que llega hasta Troya, que vuelve a encontrar los caminos virgilianos del "pius" Eneas, que casi coloca a la Patriarcal Florencia de Cacciaguida bajo la venerable protección de Anquises. Porque si Dante recuerda a Catón y Papiniano, poeta como es, con mayor placer rememora el antiguo fabular, la persistencia del mito que lleva en sí el arcano encanto de la fábula, que nos hace a la vez inventores y creyentes, poetas cuando hablamos, niños cuando escuchamos, en un eterno vínculo que es el único consentido a todas las artes.

En el mito existe, además, la afirmación de una tradición que viniendo de la larga y subterránea vida de un pueblo, irrumpe, se ilumina, resplandece en la felicidad de una invención concreta y alusiva, transfigurante y transfigurada, que resume y corona ese pueblo, decantándole las raíces más profundas y el significado más íntimo. En el mito existe el encanto de lo que no es perfectamente conocible o comprensible. Es la levadura de la vida humana que, oprimida por breves límites carnales y terrenos, se sabe eterna justamente por lo que tiene de menos conocible y comprensible. En la filosofía antigua, antes que Aristóteles la disciplinase y la organizase —y aun en el mismo Aristóteles— siempre el pensamiento está ligado a la áurea imprecisión de un mito: en Demócrito "che il mondo a caso pone", en los hombres encadenados de Platón, en la armonía pitagórica de los números y las

esferas, en el polémico y dialéctico "daimon" socrático. Y esto Dante lo sabe, puesto que salva de la eterna pena a Demócrito y no a Epicuro a quien equivocadamente reprocha un materialismo total. "Con Epicuro e tutti i suoi seguaci - Che l'anima col corpo morta fanno...". Y del mito proviene esa ansia hacia el "Primum Mobile", vivo anhelo de los más iluminados paganos de perderse en Dios, de encontrar a Dios; pero un Dios aristotélico que no conoce a los hombres, ciego y sordo, extraño por lo tanto a la justicia y a la misericordia. Por eso Dante, con su alma que conoció todas las músicas, con su espíritu que quería reconducir todo a la unidad, se nos aparece como ciudadano de un mundo distinto del suyo y del nuestro, de una edad diversa de ésta del hierro que no asigna Hesíodo, padre de las Teogonías.

* * *

No sólo por casualidad el Siglo XVIII fue el que menos entendió a Dante, entregado por entero, como estaba, a la claridad cristalina de una razón lineal abstracta y ligera, siglo en el que se pensó mucho en los derechos de los hombres y en la naturaleza de sus recíprocas relaciones, pero que se alejó, con su delicada y frágil perfección, de los pensamientos concernientes a la naturaleza humana y divina, renegando la historia para seguir lo que se podría llamar, si existiera, una filosofía sin historia, siglo delicioso y decayente que tuvo las Cortes y no los Reyes, que tuvo las luces pero que no se ocupó de la Luz, que amaba las ideas más que la fe... Ese siglo poco entendió y menos estudió a Dante, llegando el Abate Saverio Bettinelli a menospreciarle abiertamente.

Así como el delicado Humanismo había creado, después de la coral, monolítica —podríamos decir medieval— Antigüedad de Dante las diversas clasificables Antigüedades, el siglo XVIII, extraño a todo mito, creyó en las bondades naturales de cada hombre conducido por la naturaleza y no en la bondad unitaria y mítica del dantesto "primo tempo umano" conducido por Dios.

El mundo dantesco fue coral y colectivo como su tiempo lo exigía; pero Dante fue uno solo, no sustituible, menos sustituible que cualquier otro y por ello expuesto a las más diversas influencias, preocupado como estuvo siempre por conocer todo para luego resumir y conciliar ese todo. Hay en él un elemento estático e inmóvil, grave y sereno, recogido en torno a su intacta triunfante fe. "State contente umane genti al quia - Che se aveste potuto saper tutto - Mestier non

era partorir Maria...". Es Dante confiado a la mano beata de la beatificante Beatriz. Pero en las tres cántigas, aun en la del Paraíso, también existe un Dante que cambia, deplora, anhela, batalla, mezclando sus fantasías, todas nacidas en el mucho mundo ya pasado y para él casi todo escrito en latín —y no siempre precisamente en el latín eclesiástico—, todas sápidas del mucho mundo por venir. Y por lo tanto, junto a la exhortación grave y profunda a conformarse con el "quia", está la febril y concitada apología del "folle volo" de Ulises, allende las Columnas de Hércules, hacia las Américas aún no imaginadas. "Dalla man destra mi lasciai Siviglia - Dall'altra già mi avea lasciato Setta...". Hasta aquí el recuerdo del Ulises desaparecido; luego el Ulises patriarca de todos los mitos clásicos, en el gran mito de la esperanza que va más allá de toda geografía conocida, preso por el encantamiento del "grande mare aperto". "... Non v'accorgete voi che noi siam vermi - Nati a formar l'angelica farfalla?...". Angélica la mariposa del Ulises descontento, del Ulises que fue más allá. ¿Pero cuál era el ángel? ¿Bajo cuál signo? También Lucifer, que no se conformó, fue un ángel...

Siente Dante que en el YO que se aventura, que se atormenta hay un elemento no completamente ortodoxo, que éste es el gran pecado contra el que se debe combatir... "Trasmutabile son per tutte guise"... Y se lamenta y se arrepiente de esa imperfección de su "cupido ingegno"; pero luego se siente perdonado por la Estrella Celestial que "anche lei si cambiò e rise"... Es por ese cambiarse, por ese atormentarse, por esa fuerza centrífuga que se opone a la organicidad centrípeta de su mundo ortodoxo que Dante se revela toscano, descendiente de etruscos, siempre pronto a la batalla concreta, al choque, si es necesario, de la facción "tra quei che un muro ed una fossa serra". También en él se refleja, en el campo espiritual, el fenómeno político de su tiempo que hacía coexistir la tendencia a lo universal de la Iglesia y del Imperio con el extremado y pendenciero individualismo de feudatarios y Comunas. Entonces podremos comprender por qué a Dante gusta en lo profundo del Infierno la figura mítica del militaresco Capaneo que no ofendió al Dios verdadero sino a Júpiter, lanzándole, bajo los muros de Tebas hechos inexpugnables por el dios, la indomable jabalina... "Non ne trarrà giammai vendetta allegra...". ¿Quién? ¿El viejo Júpiter destronado? ¿Y por qué entonces condenar al castigo eterno al anciano militar?

Pero me doy cuenta que estoy poniendo una cuestión más propia de puritanos acostumbrados a los rayos del Viejo Testamento que de

católicos como somos. No tengo recuerdo de ninguna perplejidad ante tales contradicciones, ni siquiera en la primera lectura de Dante, cuando sin embargo la ingenua intransigencia de los años juveniles hubiera debido procurármela. Es que el afecto profundo de Dante a los mitos de los tiempos antiguos no sorprende, ni choca al católico que sabe su fe tanto más cercana a Dios cuanto más vecina está de sus raíces imperfectas y, por ende, redimibles, necesitadas de Cristo, que hace de cada hombre un pecador que lucha con sus siempre renovados pecados. Era necesaria la intransigencia del cardenal Albornoz para hacer quemar la Divina Comedia en la Plaza Mayor de Pésaro, en un gesto que recuerda el del fanático Califa Omar cuando prendió fuego a la biblioteca de Alejandría: ambos, el castellano Albornoz y su directo enemigo Omar, preocupados en dispersar, en nombre del único Dios sin rostro, las fábulas y los mitos de un mundo que Dios quiso múltiple y recargado de rostros.

Más todavía que el Cardenal Albornoz, desnuda espada del Omnipotente, los que se oponen a los mitos y a las fábulas son los heterodoxos, los iconoclastas que en la Bizancio de los Emperadores Isaúricos habían derribado las imágenes santas y las profanas, los puritanos que, en la sequedad de sus pechos presuntuosos, negarán la fantasía y la intuición de Dios. Es contemporáneo y enemigo de Dante el herético y acre Cecco d'Áscoli muerto en la hoguera, quien dice en su oscuro poema "L'Acerba":

*"Non veggio il conte che per ira et astio
Tien forte l'Arcivescovo Ruggero,
Nè Vanni Fucci a Dio squadrar le fiche.
Lascio le ciancie e torno su nel vero:
Le favole mi fur sempre nimiche".*

Nobles y orgullosos versos de quien morirá luego por ese desnudo "VERO", pero que al mismo tiempo son negación estrecha de "le favole" que iluminan la poesía de Dante y de "le ciancie" de la religión revelada.

Dante, pues, confía, considerando la una cumplimiento de la otra, en su fe y en su poesía, es decir en lo que Cecco d'Áscoli llamó "ciancie" y "favole" y que son la misma cosa para un hombre tan lleno de propia y particularísima vida, que sitúa en el Infierno al abofeteado de Agnani, al grandísimo Papa Bonifacio VIII, reo solamente por ser su enemigo, pero que no puede condenar a los tormentos eternos a Catón de Útica, pagano y suicida, porque en él vivía, para Dante, el cívico

mito de Roma republicana e incorrupta... "Libertà va cercando ch'è sì cara - Come sa chi per lei vita rifiuta". Un mito, ciertamente —pero un altísimo mito origen de tamaña historia— el de Roma libre e intacta en los tiempos del segundo Catón, después de los degüellos patricios de Sila, luego de los degüellos plebeyos de Mario. Es el querido tiempo pasado el que Dante rememora en Catón: el dulce tiempo pasado, añorado por todos los hombres y más aún por los poetas. ¿Recordáis a Manrique? "Cualquiera tiempo pasado fue mejor..." Y antes que Manrique lo había imaginado y poetizado Platón en ese mundo de las Ideas Eternas traicionadas y luego inútilmente anheladas por los hombres decaídos. Y según Hesíodo, antes que la nuestra del hierro, había existido la edad del oro.

* * *

Concepto opuesto tuvo de Memoria y de Esperanza el otro grandísimo espíritu italiano, Leonardo que, también él toscano, heredó de los etruscos la parte sombría, subterránea, el despego por las cosas del mundo —lugares y vicisitudes— que tanto, en cambio, inflamaban a Dante. También Leonardo une esperanza y recuerdo; pero lo hace con palabras que tienen una tristeza lenta e irremediable, casi un eco conciso y delicado de las lamentaciones del Eclesiastés. Leonardo define a la memoria como una prisión —"il cárcere della memoria"—; y de la Esperanza dice que es "il desiderio di rimpatriarsi o ritornare nel primo caos, poichè l'anima trovandosi rinchiusa nell'umano corpo, desidera sempre tornare al suo Mandatario e così l'Uomo non si avvede che desidera la sua disfazione...". Esperanza, pues, también aquí, conexas a la memoria, ambas casi la misma cosa, pero no encaminadas a ayudar y alentar, sino hacia el aniquilamiento, "alla disfazione"; porque el espíritu presago de Leonardo, de la raza de los Lucomones, de los sacerdotes etruscos amigos de las sombras - mientras Dante parece ser descendiente de los Arcontes, es decir de los Etruscos que luchaban a la luz del sol, en la política y en las guerras—, el espíritu de Leonardo imaginó en el comienzo de los tiempos el Caos, que el hombre, a pesar de todo, según él, anhela. Quizás en tales palabras de irremediable pena repercute el eco del antiguo "cupio dissolvi" o se anticipe el freudiano instinto de muerte... Es el mismo angustiado Leonardo que se apostrofa, preguntándose en su secreto, personalísimo Diario: "Maestro Leonardo, perchè tanto vi dolete?"; es el mismo

despiadado Leonardo que, al hermano que le escribe anunciándole feliz el nacimiento de un hijo, contesta que no se alegre pues ese hijo recién venido al mundo será "il suo più sollecito nemico": también aquí una anticipación del Freud más amargo, casi el cruel nacimiento del complejo de Edipo.

En Dante, en cambio, la conciliación, diríamos casi la confusión entre Esperanza y Memoria, es fuente de un ardiente arroyo, el primer manantial de la vida. Ambos espíritus parten del mismo concepto, para llegar a las conclusiones más opuestas: Leonardo buscador de fábulas amargas, constructor de mitos apocalípticos; Dante, por el contrario, empapado de mitos aptos a iluminar y a levantar la vida del hombre, cuya alma destina no a un genérico Mandatario, sino a Dios, no al informe "primo Caos" sino a una eterna pena o a un eterno castigo, los hombres diferenciados por la Fe y las Obras, no todos mancomunados en una descomposición sin causa y sin tiempo, los elegidos y los condenados, según la misma escala de su poema. Y así, mientras el desalentado y secreto Leonardo, entregado por entero a sus sueños, a sus imágenes, a sus experimentos sigue a cualquiera que se ocupe de él, Dante quisiera volver victorioso, con una determinada facción contra otra facción derrotada, a esa determinada y concreta Florencia vituperable e insustituible. Los mitos de Leonardo bajan estoicos al Averno donde se unirán, siglos después, a los mitos de Freud.

"O quante volte furono vedute le impaurite schiere de' delfini e de' gran tonni fuggire da l'impia tua furia; o tu che col veloce trarre, colla forcelluta coda fulminando generavi nel mare subita tempesta con gran busso e sommersione di navigli.

O tempo consumatore delle cose, in te rivolgendole dà alle tratte vite nuove e varie abitazioni. O tempo, veloce predatore delle create cose, quanti re, quanti popoli hai tu disfatti, e quante mutazioni di stati e vari casi sono seguiti, po' che la meravigliosa forma di questo pescie qui morì, per le cavernose e ritorte interiora.

Ora disfatto dal tempo, paziente giaci in questo chiuso loco; colle ispogliate spolpate e ignude ossa hai fatto armatura e sostegno al sopra posto monte...".

Así dice Leonardo... Los mitos de Dante, con la "sentenza di Sibilla", subirán hasta el más alto de los cielos.

Dante, acongojado, recuerda, cuando ansiosamente no espera. El presente le es amargo y desabrido no sólo porque la suerte le ha sido

adversa y sus enemigos le han desterrado de esa Florencia que él tanto regaña porque tanto ama, no sólo porque extranjero y huésped debe "scendere e salir per l'altrui scale", sino también y sobre todo porque el presente es ese punto en el tiempo en el cual la historia se hace crónica, en el cual junto a la Iglesia está la sacristía, en el cual en lugar de las fábulas están las cosas desadornas y verdaderas. Concepto que podría parecer de humanista, pero que no lo es, sea porque en el Poeta vive alta y férvida la esperanza de la que es ejemplo Ulises, sea porque el pasado de los humanistas, como ya dijimos, está hecho de ideas más elegantes y sutiles que los lleva a discutir, por ejemplo, siguiendo la traza de Pomponazzi, sobre la inmortalidad del alma, poniéndola en duda. Para Dante la inmortalidad del alma —y por lo tanto el eterno castigo o el eterno premio que de esta creencia resulta— es fenómeno incontestable y claro: si no ¿quién sustituiría la sentencia perdida de Sibila? ¿Quién castigaría a Bonifacio VIII? Y, tal vez porque creía que los epicúreos sostenían la idea del alma ligada a lo provisorio del cuerpo, condena a Epicuro, mientras salva a Demócrito que se había ocupado del mundo físico y no de las almas. Indiscutible entonces para Dante —como para casi todos sus contemporáneos— la existencia del castigo eterno y del premio eterno. Sólo que el mundo es muy antiguo, ha nacido antes que el Redentor y en él hubo poetas y sabios de todos los calibres y todas las tendencias, que ignoraban la Verdad, que no sospechaban la Redención. Y Dante, aunque desconocía el griego, sabía perfectamente su latín. ¿Cómo olvidar entonces, por ejemplo, a los Centauros? . . . Los sitúa en el Infierno, desencadenando, torvos, bárbaras flechas en castigo de los condenados. ¿Y al cretense Minos, también él transformado en monstruo? Está "orribilmente e ringhia . . ." mientras juzga a las almas perdidas. Hoy sabemos que Minos fue apelativo común de los reyes de Creta, los cuales eran refinadísimos, delicados y por cierto nada monstruosos. Dante no lo sabía; y, desgraciadamente tampoco lo supo el romántico Doré, que nos ha dejado de Minos una imagen gráfica aún más truculenta y pesada, dañando en nuestros primeros y más persistentes recuerdos, éste y tantos otros mitos dantescos . . .

Y Caronte, entre virgiliano y etrusco, cambiado por el poeta en "Caron dimonio, dagli occhi di bragia . . .". Y los desmedidos, necios gigantes con la caterva de sus músculos, vencidos sí, pero aún malignos. Y Caco ladrón, aquél que según el eco de mitos antiquísimos, Hércules había desterrado —castigo a sus robos— de esas campiñas del Lacio que los dioses desde siempre, testimonio Virgilio, habían

prometido al piadoso Eneas, el primero de los tantos pobladores que luego Italia desparramará por el mundo: él, Eneas, destinado nada menos que a poblar a Roma.

La misma invocación a las Musas, que será luego de pragmática en los poetas a los que Humanismo y Renacimiento habían dado una veneración elegante y formal por las antigüedades, en Dante tiene sabor genuino, de primera mano, tanto que en el primer canto del Purgatorio, cuando el poeta vuelto a la luz y a la esperanza dice: "Per correr miglior acqua alza le vele - Ormai la navicella del mio ingegno . . .", apostrofa a las Musas llamándolas santas y considerándolas como tales en su ánimo, bien lejos en esto de Torcuato Tasso que, anclado en la Contrarreforma, después de la airosa travesía del Renacimiento, somete su Musa a la depuración, esa Musa que "di caduchi allori - Non corona la fronte in Elicona", sino que, redimida y bienaventurada, "sta su nel cielo, in tra i beati cori" . . . No, para Dante las Musas son como eran en los tiempos mitológicos, están donde estaban, es decir personificación antigua de aquel espíritu vaticinante, de aquel ímpetu poético por el cual, expresándonos con la cita de otro mito, Apolo sacó a Marsias "della vagina delle membre sue".

El Humanismo en el campo del pensamiento y de la cultura, el Renacimiento en el del Arte y las Costumbres provocarán una fractura en la concepción del mundo, fractura que en Dante aun no existe, porque Dante concibió y expresó su poema con el granítico, a la vez que aéreo, ordenamiento de una catedral románica o gótica, a través de las cuales se expresaba no sólo el artista, sino todo el pueblo y "quavis de populo". Por ello no es posible entender plenamente a Dante sometiéndole a los conceptos de estéticas modernas, que buscan por doquier el relámpago de la poesía pura, de la intuición no contaminada. La poesía de Dante no es sólo el resultado de la adición de los maravillosos fragmentos de lírica pura que su poema contiene, sino del complejo de toda la obra. Y ésta no puede ser admirada parcialmente, en forma antológica, no puede ser comprendida plenamente si no se la considera como un mundo en el que bullen recuerdos y esperanzas, músicas y colores, un mundo que es el potente eco humano del mundo divino. Y por eso para Dante fueron santas las Musas, reflejo de Dios no en la acepción precisa y particularizada que le dió el Concilio tridentino aun por venir, sino en aquélla cuyo pensamiento y cuya razón fueron sintetizadas por Santo Tomás en ese complejo aristotélico y cristiano que fue la Suma Teológica. Dante siente la necesidad de vivir estrechamente unido a todo el pasado, en una unidad

orgánica y profunda, donde sólo hay lugar, a lo sumo, para la profecía, don clásico y cristiano, y no para la incertidumbre del silogismo que deduce y divide, arriesgándose siempre a caer en el sofisma. Todo lo que él ve es genuino, concebido antes que la elegancia y la sutileza del Humanismo hubieran aumentado el valor individual de cada uno de los hombres, debilitando en cambio el coro de los hombres solidarios. Cuando Dante habla de la gentileza de las pequeñas cortes romañolas, emplea palabras sencillas y evidentes: "Le donne, i cavalier, gli affanni e gli agi - Che ne invogliar amore e cortesia...". Ludovico Ariosto parafraseará más tarde estos dulcísimos versos, dándoles la rotundez pesada de una experiencia que Dante no tuvo: "Le donne, i cavalier, l'arme e gli amori...". En Dante el amor está en singular; en Ariosto están los amores, en plural; y las armas citadas por Ariosto habían sido universalizadas por Dante en los más poéticos y enraizados "affanni". Dante, tanto más católico que el renacentista Ariosto, salvó del Infierno a Saladino que, sin embargo, había expulsado a los cristianos de Jerusalén, por ser caballeresco guerrero, célebre en ese entonces por su generosa piedad. Y no existe contradicción entre el Dante que salva a Saladino (pero que condena a Mahoma) y el que da de la Virgen la más alta y más pura de las definiciones muchos siglos antes que la Iglesia proclamase los dogmas que hacen de Nuestra Señora la madre intacta de todos los hombres:

*"Vergine Madre, figlia del tuo Figlio
Umile ed alta più che creatura,
termine fisso d'eterno consiglio"*.

Es la optimista y vaga memoria la que llena el corazón de Dante y el de todos los poetas. Así, cuando Estacio recuerda a Virgilio que él era cristiano aun sin saberlo —según la leyenda medieval recogida por Dante— le dice:

*"Facesti come quei che va di notte
Che porta il lume dietro, e sè non giova
Ma dopo sè, fa le persone dotte
Quando dicesti: secol si rinnova;
Torna giustizia e primo tempo umano..."*

Ese "primo tempo umano" tiene la gravedad y la melancolía que queda en los caracoles —"le conchiglie"— del Océano perdido...

Es el gran mito del tiempo pasado, como decíamos, del florentino de Cacciaguida al español de Manrique, puesto que las Santas Musas

dantescas son hijas de Mnemosine, es decir, de la Memoria. La fe en lo antiguo, en lo ya vivido —sufrimiento o gozo que haya sido— está tan radicada en Dante que considera la Redención, este resplandor doliente y cruento que todo perturba y renueva, como un retorno “al primo tempo umano”, al tiempo en el que los hombres eran sin pecado, pero que también era el tiempo de Saturno, el de la edad de oro, cuando aún Lucifer no se había rebelado y tampoco se habían lanzado contra el Olimpo los gigantes, cuando aún no existían —puesto que nadie merecía el castigo— ni el Tártaro de los paganos, ni el Infierno de los cristianos.

Esta tendencia a la tradición, esta búsqueda de uno mismo para encontrarse nuevo en los mandamientos antiguos ha quedado tan arraigada en la poesía italiana que, muchos siglos después de Dante, Alejandro Manzoni, considerado —más o menos justamente— por muchos un romántico, dice en un admirable Himno Sacro: “E dei giorni ancor non nati - Daniel si ricordò...”. El Profeta que recuerda sus profecías... Dante que en el Limbo se complace en ser el sexto junto a los cinco poetas clásicos... “Ed io fui sesto tra cotanto senno...”.

Debemos buscar la base del mundo dantesco en la multitud de recuerdos tumultuosos que, míticos o históricos —más míticos que históricos— crean una lengua nueva y, con la nueva lengua, una nueva patria: novedad que de su creador quedó siempre radicada en los cimientos del pueblo italiano, unida al recuerdo y a la esperanza —al mito, pues, ya que el mito es recuerdo que germina en esperanza— de un mundo que trasciende el presente y la crónica. Y sólo así podremos comprender cómo el mantuano Virgilio que vaticina el retorno del “primo tempo umano” se une en el mundo dantesco con el calabrés Abate Gioacchino “di spirito profetico dotato...”.

El mundo es pues, para Dante, un conjunto siempre nuevo y siempre antiguo de fenómenos y de sustancias, de pensamientos y de afectos, todos coligados y todos armónicos en la gran luz de un Dios que no tuvo principio y que no tendrá fin y que por lo tanto ha dejado en cada uno de nosotros, sus imperfectas criaturas, la Esperanza, que es arma y proa, y la Memoria, que es infinitamente más: alimento, raíz, consuelo, la Madre de las Nueve Musas, la primogénita de Dios, la inspiradora de Dante y de todos los poetas.

GIUSEPPE VALENTINI

Buenos Aires, agosto de 1953.